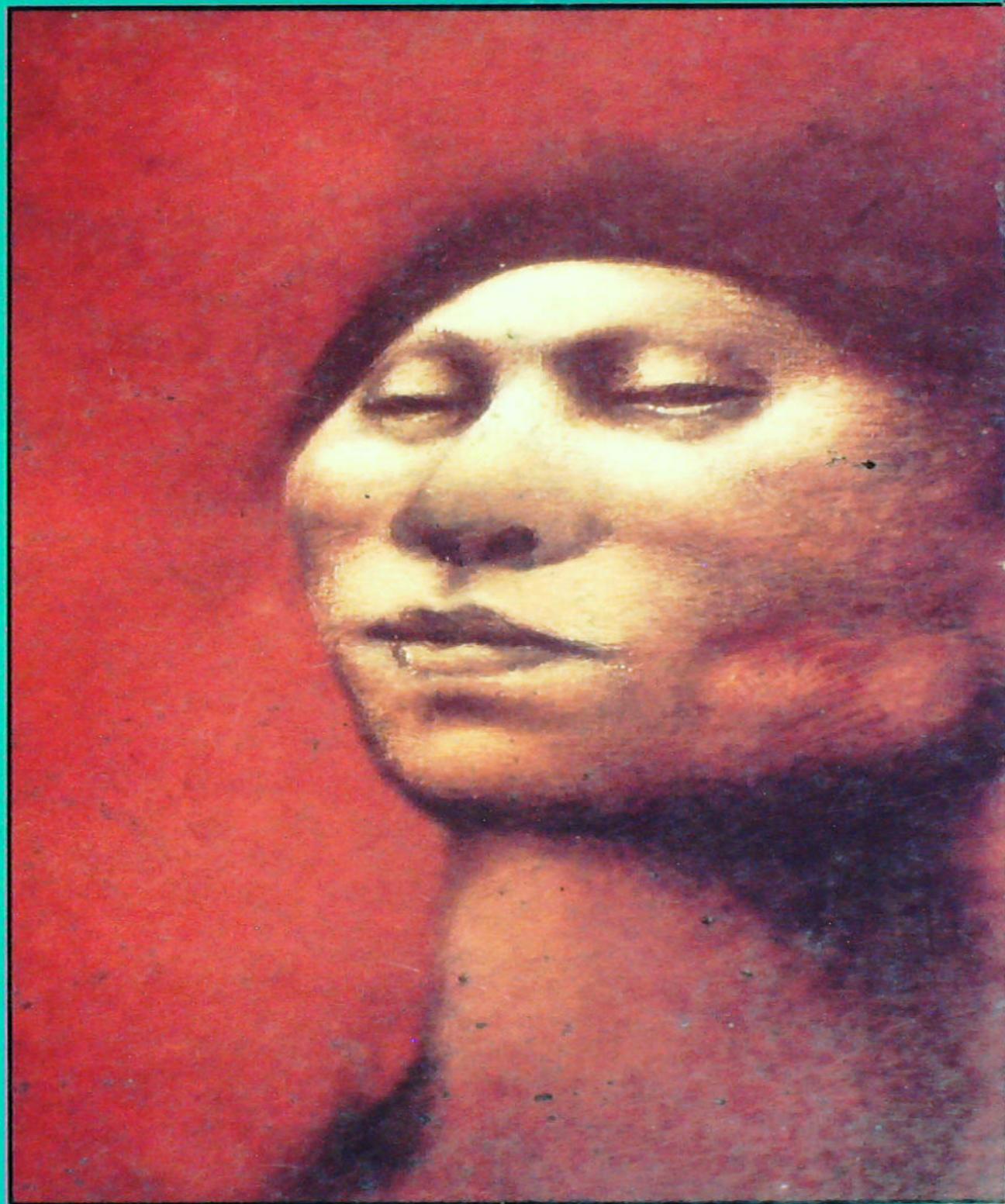


SOCIEDAD Y MODERNIDAD

H

100

P919p



praxis

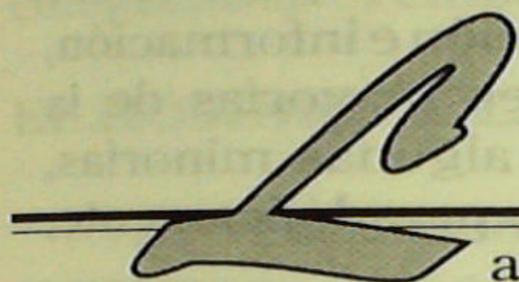
47-48

DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA
UNIVERSIDAD NACIONAL
Heredia, Costa Rica

VIRAJE HISTORICO: URGENCIA DE CREATIVIDAD



Francisco Avendaño H.



La conciencia de que vivimos en una época única, simultáneamente excitante y aterradora, incita a la búsqueda de fundamentos teóricos adecuados a nuestros tiempos. Con este trabajo quiero de alguna manera compartir una serie de inquietudes de carácter personal y dar a conocer los aportes teóricos del psicólogo Robert Jay Lifton, de reconocida trayectoria en la Universidad de Nueva York. La totalidad de este trabajo es una traducción parafrásica de conceptos tomados principalmente de su obra **The Life of the Self**. Por traducción parafrásica quiero decir que no se trata de una traducción que pretenda guardar fidelidad a la letra sino más bien que trata de apropiarse creativamente de los aportes de un autor desde interrogantes que de alguna manera uno se siente urgido a responder.

Cuando lo que prevalece es un equilibrio relativo, los símbolos y las instituciones nos ofrecen directrices confiables tanto para nuestra experiencia interior como para nuestro comportamiento externo. Lo contrario ocurre cuando lo que prevalece es la dislocación histórica pues las instituciones o símbolos de orden cultural, laboral, educativo, jurídico o lúdico pierden su poder y legitimidad. Desde luego que no cesan de existir ya que nosotros seguimos viviendo dentro de esas instituciones o símbolos, pero ellas ya no viven en nosotros.

La construcción de una nueva combinación de imágenes y símbolos o de lo que se podría llamar una «resimbolización comunal», se torna

urgente y necesaria. Desde luego que en un contexto marcado por cierto sentimiento de desintegración y pérdida debido a que lo que previamente daba confianza y seguridad ha dejado de ser confiable, tal esfuerzo se percibe como algo precario y en cierto sentido amenazante. El conocimiento de la precariedad y, quizá de la peligrosidad, de las nuevas propuestas debe tenerse en cuenta en la elaboración de las mismas para evitar toda pretensión totalista y absoluta y aceptar su carácter provisorio y fluido. Lo anterior se debe a que tal «Resimbolización» sólo se puede realizar en su contexto marcado por un sentimiento de desintegración y de pérdida; lo que antes daba confianza y seguridad ha dejado de ser confiable.

La propagación de imágenes de exterminio (posible para el ser humano), el impacto masivo de los medios de comunicación e información, la pobreza que amenaza con la inanición de grandes mayorías de la población humana en contraste con la opulencia de algunas minorías, demandan la existencia de símbolos e instituciones, paradójicamente, provocan que tales sean cada día menos adecuados.

La pérdida del sentido de seguridad, de credibilidad y de estabilidad repercute en la capacidad humana para imaginar el futuro, lo que tiene un impacto en toda la existencia humana.

Situación que se convierte en caldo de cultivo para la abulia paralizante en muchos casos, o en soluciones quiméricas que conducen hacia las arenas movedizas que como los fundamentalismos no pueden ser verdaderos fundamentos.

Ciertamente el ser humano necesita fundamentos para vivir. Estar seguro de los fundamentos es vivir en una estructura operativa de vinculación humana más amplia, que Lifton denomina «Inmortalidad Simbólica», estado en el que uno está convencido del valor y de la permanencia de su vinculación con la cadena de generaciones (pasadas y futuras), con las obras y el obrar humanos, con principios espirituales, con la naturaleza y con las experiencias trascendentes (a estos los denominaremos en adelante *modelos fluctuantes de inmortalidad simbólica*). La amenaza profunda a tales vínculos fundamentales hace que la confianza en la continuidad de la vida dé paso a imágenes de la muerte y que la colectividad se perciba como inundada por corrientes nihilistas y necrófilas.

Vivimos hoy sobre un filo psíquico en que parecen prevalecer la

dislocación y lo absurdo, es por ello que se hace más necesario favorecer alternativas que realcen la vida. Se puede afirmar que este es un tiempo para explorar y cultivar el amor para nuestro mundo y la esperanza para el futuro. (Este tema lo desarrolla Lifton en **The Future of Immortality**). Existe un conjunto de tendencias esperanzadoras que se apoyan en una consciencia creciente de la belleza y lo fascinante de la vida humana, a pesar de la experiencia negativa de prácticas humanas viciadas.

Lo anteriormente dicho conduce a que se recalquen dos aspectos fundamentales: la necesidad imperante de vincular la teoría con las fuerzas históricas y la no-adequación de teorías previas en el momento de comprender eventos sin precedentes como los de hoy.

EL HOMBRE Y LA MUJER CONTEMPORANEOS

Se ha señalado que el viraje que estamos viviendo en nuestra historia es profundo. Una forma posible para captar esta profundidad es el de tratar de comprender al ser humano contemporáneo desde sus esfuerzos por encontrar su identidad. El «Estilo Proteico» parece prevalecer en el ser contemporáneo de tal manera que se podría hablar del «hombre proteico» y de la «mujer proteica». Consiste ese «estilo» en una serie de exploraciones de nuestro ser por las que uno pone a prueba varios compromisos y involucramientos con los demás y los cambia o abandona con un costo psicológico relativamente bajo. Otra dimensión de este «estilo» es la multiplicidad simultánea de imágenes que a menudo son contradictorias y apunta hacia direcciones contrastantes y opuestas.

En la mitología griega Proteo era un dios marino que se caracterizaba por poder cambiar de formas con relativa facilidad (aparecía con diferentes formas de animales). La capacidad de cambio puede interpretarse desde otro punto de vista: la capacidad de permanecer constante en cada metamorfosis.

En esta última interpretación se resalta el esfuerzo por mantener la constancia y la integración propias de la persona en el contexto caracterizado por un proceso de formas fluctuantes. Este ser proteico es producto de un conjunto de elementos que marcan nuestro tiempo. Al señalar estos elementos sigo a Lifton aunque con algunas modificaciones que tratan de tener en cuenta elementos de nuestra realidad latinoamericana.

El primer elemento es el «Resquebrajamiento psichistórico» o la caída de los símbolos tradicionales en la secuencia pre-moderno-pos. Desde el siglo XVIII en adelante toda la experiencia humana tiende a la expansión y afirmación del propio ser. Pero en la experiencia posmoderna tenemos una expansión más profunda del propio ser, lo que ha llevado a la caída de los símbolos tradicionales: religión, vida en familia, nación. Se trata de los símbolos alrededor de los cuales está organizada la sociedad.

El segundo elemento consiste en la «Revolución de los Medios de Comunicación de Masas». Vivimos una época sin precedentes de accesibilidad a las imágenes. Los medios nos ponen al alcance virtualmente cualquier imagen de cualquier cultura de nuestro presente y aún de nuestro pasado histórico, nos puede proyectar también hacia el futuro. Las imágenes del tiempo y del espacio sufren un cambio fundamental.

El tercer elemento consiste en las «Imágenes de Aniquilamiento». Imágenes que en un primer momento se asocian con las armas nucleares y su capacidad de destrucción, pero que incluyen la destrucción del medio ambiente, la memoria de genocidios recientemente perpetrados, genocidios que adquieren dimensiones aterradoras si se tiene en cuenta la posibilidad de inanición de poblaciones enteras.

Frente a las ideas y a las creencias es importante señalar que el ser proteico se caracteriza por su incapacidad de aferrarse a ideas y creencias por largos períodos aunque se tiende a abrazar temporalmente una ideología específica. Hasta hace poco era relativamente extraño que los seres humanos dieran más que un giro ideológico en el curso de su vida. Cuando se daba un cambio ideológico en el curso de sus vidas este sería recordado como tiempo de conflicto y de búsqueda. Hoy no causa sorpresa que se den varios cambios en un año, en un mes, etc., ya sea en el ámbito de los valores políticos, religiosos, estéticos, en las relaciones personales y en el estilo de vida.

Raramente un hombre o una mujer pasan aferrados a una sola visión ideológica. Lo más corriente es fundamentarse en fragmentos ideológicos, pedazos y piezas de diversos sistemas de creencias que permitan cambios, revisiones, re combinaciones. En sus manifestaciones externas, el estilo proteico parece darle prioridad a lo absurdo y a lo burlesco por encima de lo irónico. La ironía supone una posición relativamente clara de la persona; lo burlesco y lo absurdo reflejan una percepción de que las

actividades y las creencias que nos rodean son inapropiadas y extrañas: ya sea que se quiera protestar o reír, o las dos cosas a la vez, se requiere actualmente una buena dosis de lo burlesco y de lo absurdo para lograr una representación auténtica de la condición del hombre y de la mujer contemporáneos.

En los ritos de «pasaje» nacimiento, paso a la edad adulta, matrimonio, muerte, etc., se manifiesta en forma especial la búsqueda del ser humano contemporáneo. Lo que está en cuestión son las disposiciones de una cultura tendientes a reafirmar su simbolización de la inmortalidad: los principios rituales de determinada cultura que permiten a los individuos, a las familias y a los miembros de religiones específicas, grupos profesionales o políticos, sentirse parte de algo que va más allá de sí mismos. En estos ritos se manifiesta hoy generalmente la desimbolización, pérdida de vitalidad de los ritos. Hay también ejemplos de resimbolización o creación de nuevos ritos.

Otra característica del ser humano contemporáneo es la crisis de la «perspectiva maquiavélica». Se trata de la perspectiva ético-política plasmada por Maquiavelo en su obra **El Príncipe**. Perspectiva que predomina en el pensamiento y en el comportamiento de casi todos los líderes políticos del mundo. En dicha obra el autor propone los principios que han de guiar al líder político, al que urge a ejercer un celo amoral en la consecución de intereses estatales bajo todas las circunstancias. La perspectiva mundial que se expresa es la de una sociedad humana dividida en comunidades políticas (de poder) distintas. Para la consolidación del poder es inevitable que se den luchas permanentes entre las comunidades. La guerra se manifiesta así como el árbitro de la historia y, por ello, los objetivos de la guerra deben ser conseguidos sin escrúpulos ni inhibiciones. El paradigma básico es la confrontación.

En dicha perspectiva se enfatiza el uso de la razón. Los medios deben subordinarse a los fines en forma prudente aunque siempre interesada. Un líder debe aparentar benevolencia y por eso debe buscar nada más ni menos de lo que las posibilidades le permitan, ya que debe evitar la oposición innecesaria tanto en casa como en el exterior.

Actualmente se tiene conciencia de que la aceptación de la guerra, del poder incondicional del Estado y de la subordinación incondicional de las personas limita rígidamente la imaginación política e impide cualquier

proyecto de reconstrucción política y social, de aquí la crisis de esta perspectiva.

El concepto de «crisis de perspectiva maquiavélica», paradigma que predomina en la política, debe llevarnos a una crítica de los paradigmas que han prevalecido en la cultura occidental desde sus fundamentos helénicos y latinos. El concepto de poder está profundamente vinculado con la interiorización de la imagen de un poder externo al ser humano, poder espiritual trascendente y eterno que se le confiere a las instituciones para poder salvar a un ser humano vulnerado por la culpa que a su vez manifiesta la prevalencia en el ser humano individual de lo corpóreo, lo temporal y lo carnal. Considero que la oposición, profundamente arraigada en la cultura occidental, entre lo racional y lo irracional, lo consciente y lo subconsciente, tiene su raíz en dicho paradigma. Paradigma que en términos gráficos lleva a comprender la actividad humana como una especie de flecha que tiende a liberarse o a salirse de lo material desechándolo y descartándolo (la flecha no vuelve a su punto de partida).

Experimentamos hoy la urgencia de generar nuevas respuestas y perspectivas que nos permitan vivir en nuestra realidad. La experiencia acumulada del pasado y las condiciones de la realidad histórica nos confirman que ya no es posible pensar en «Una Perspectiva» excluyente que se impone por medio de la confrontación, superación y aniquilamiento de otras alternativas. Por lo contrario se requieren visiones abiertas, fluctuantes, provisorias, capaces de tener cierta constancia en un contexto de cambio (perspectiva proteica).

Coexisten hoy precisamente una gran variedad de visiones del mundo que operan en los seres humanos. No se trata ya de planteamientos propios de elites intelectuales o culturales, sino de posibles alternativas que se gestan a partir de los más diversos e inesperados lugares; todos y todas tienen la palabra. Se manifiestan así fuerzas alentadoras plenas de esperanza que consolidan la perspectiva holista del mundo que visualiza la interrelación de la vida en el planeta como fundamento de una pluralidad de formas de vida. Todo esto está teniendo su impacto en los sistemas que rigen el pensamiento y la acción humana. Sabemos que hay soluciones que ya no son tales, que las nuevas todavía están por construirse.

Lo anterior nos lleva a percibir nuestro mundo como mundo peligroso, hay trampas mortales pero también oportunidades estimulantes aunque,

a veces aterradoras. Los pueblos y las comunidades de todo el mundo toman conciencia de la fragilidad del orden establecido basado en la proyección de lo que hemos llamado «perspectiva maquiavélica», este despertar a la realidad, puede causar temor y negación. No se puede esperar que una representación holista del mundo logre la confiabilidad capaz de fundamentar la vida humana. Pero sí es una perspectiva para redescubrir nuestra mutua interdependencia y, así, profundizar nuestro aprecio por nuestro entorno natural y social.

EXIGENCIA DE NUEVOS PARADIGMAS

Una nueva conciencia ecológica y económica fundamenta la consolidación de una imagen holista. La dimensión global del comercio y de la tecnología, el viraje hacia una renovación espiritual, el significado del planeta tierra tal como se puede ver desde el espacio extraterrestre están borrando las fronteras que nos separan y distinguen. Los paradigmas que nos guían son inadecuados para asumir los nuevos retos y es necesario crear nuevos. Antes de proseguir es preciso que tratemos de señalar qué es lo que se entiende por paradigma.

Entendemos al ser humano y la realidad por medio de paradigmas o modelos, de tal forma que en un primer momento se puede decir que el paradigma es el modelo por medio del cual entendemos la realidad. Una comprensión ulterior nos hace pensar que el paradigma es la imagen o representación que guía y controla nuestra representación de la realidad. Se trata, evidentemente, no de algo puramente mental sino de algo que tiene que ver con la forma que el ser humano percibe la realidad y que tiene que ver con todo su ser. Siguiendo a Thomas Kuhn es importante señalar dos dimensiones complementarias de la forma en que opera el paradigma. Por paradigma se entiende la constelación completa de creencias, valores, técnicas, etc., compartidas por una comunidad (científica, política, profesional, etc.). Pero se entiende también por paradigma aquel elemento que al interior de esa constelación se propone como vía de solución concreta a los rompecabezas y es como modelo o ejemplo que sirve como base o soporte de solución para los restantes rompecabezas.

Los paradigmas sirven para definir los problemas y para sugerir vías de solución de núcleos problemáticos determinados y tienden a tener efectos en las generaciones posteriores.

El supuesto básico de este trabajo es que los paradigmas tradicionales, tanto las constelaciones de imágenes y las instituciones que las sustentan, aunque subsisten carecen de vitalidad y viabilidad. La concepción de paradigma que se plantea en los párrafos anteriores nos sitúa en el campo de la «formación de las imágenes o de las formas».

Me propongo ahora desarrollar algunos conceptos que nos permitan avanzar en la comprensión del acontecimiento que se ha denominado «la caída de los paradigmas» y sugerir algunas pistas para recrearlos.

Se debe tener presente que todo intento de conceptualizar representa en el fondo una legitimación preliminar de la elección de algo como objeto de interés. Digo esto debido a que los conceptos que a continuación se presentan aunque los tomo de Lifton y principalmente de su obra **The Life of the Self**, él los desarrolla desde su perspectiva psicológica y mi traducción interpretativa la hago desde una perspectiva filosófica humanista.

Creación de Formas Interiores Viables

La capacidad de simbolizar y de transformar la totalidad de la vida humana, es el eslabón fundamental que nos vincula y diferencia en el proceso evolutivo, de tal forma que el ser humano vive no solo en una realidad más amplia sino que como afirma Cassirer «vive en una nueva dimensión de la realidad», es el eslabón fundamental que nos vincula y diferencia en el proceso evolutivo. Este eslabón representa también el proceso de continuidad y discontinuidad entre la biología y la psicología. Me referiré primeramente a la forma en que opera esta capacidad simbolizante, luego a sus elementos constitutivos y finalmente a su relación con otras formas de vida.

Funcionamiento de la Capacidad Simbolizante

El ser humano no recibe ninguna información al desnudo, en otras palabras su proceso de percepción está vinculado vitalmente con un proceso de recreación interior en que utiliza cualesquiera de las formas que estén disponibles en su existencia psíquica.

La formación de símbolos es una característica fundamental de la vida psíquica del ser humano. Se debe recalcar, sin embargo, que estamos hablando del proceso de simbolización y no de los símbolos concretos. El

proceso mental del ser humano se caracteriza por ser un proceso de creación y recreación de imágenes y formas. Esto conduce a afirmar que una forma adecuada de aproximarse a dicho proceso es la que podemos denominar *la formativo-simbolizante*. Esta aproximación está muy vinculada con la filosofía de la simbolización, especialmente con las obras de Ernest Cassirer y Susanne Langer, pues son ellos quienes nos han legado la teoría de que la constante recreación de la experiencia es la esencia del proceso mental humano. Esta aproximación ve el proceso simbolizante en la perspectiva de la continuidad de la vida colectiva. Los seres humanos requerimos simbolizar la continuidad de la vida, es decir producir formas imaginativas de trascender la muerte para enfrentar el hecho de que hemos de morir.

Elementos Constitutivos

El concepto central o clave que domina en esta perspectiva es que aún en nuestras vidas subconscientes no estamos convencidos de nuestra propia inmortalidad. Prevalence una conciencia a medias (claroscuro) de la muerte: sabemos que hemos de morir y nos resistimos a dejar de actuar por causa de ese conocimiento.

Este conocimiento de que somos mortales representa una urgencia universal que nos impulsa a mantener un sentido interior de relación simbólica continua con los varios elementos de la vida por encima del espacio y del tiempo. Se trata de un sentido de inmortalidad que no es por sí mismo ni compensatorio ni patológico, aunque a menudo lo sea. Es más bien la simbolización que el ser humano hace de sus vínculos con sus congéneres biológicos y de su historia pasada y futura.

El sentimiento de inmortalidad se expresa en cinco formas diferentes. *La forma biológica* el sentido o sentimiento de sobrevivir por medio de los descendientes, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. *La forma teológica* el sentimiento de poder superar las limitaciones de la vida para ingresar a un nivel superior de existencia; el concepto de vida después de la muerte no es esencial, lo fundamental es la posibilidad de poder trascender la muerte a través de lo espiritual; se trata de un poder espiritual sobre la muerte significado simbólicamente por el logro de una armonía con algún principio que trasciende las limitaciones de la etapa puramente biológica. *La forma creativa* el logro de un impacto humano duradero por medio del obrar y de las obras: escritos, pinturas, inventos,

enseñanzas, etc. *La forma de la naturaleza* el poder sobrevivir por medio de la naturaleza eterna. *La forma de la experiencia transcendente* es un estado de éxtasis o raptó que se logra por medio de la contemplación, las drogas, el sexo, etc., que permite que el espacio y el tiempo desaparecen permitiendo un contacto con la totalidad.

El sentimiento de inmortalidad no es solo la negación de la muerte sino el presupuesto para la toma de conciencia de la misma. Es nuestra necesidad de una relación simbólica con aquello que nos ha precedido y con aquello que sabemos que vendrá, por ello nos permite tener conciencia de la finitud de nuestras vidas. Lo dicho lleva a afirmar que la simbolización es una expresión adecuada de nuestros nexos biológicos, culturales e históricos. La aproximación formativo-simbolizante no es racional ni irracional, es simbólicamente apropiada. El concepto de inmortalidad, en vez de negación de la muerte, por lo menos en su forma simbolizadora, es el camino humano para la aceptación de la muerte y para el enfrentamiento con su propia finitud. Este principio se puede aplicar además al proceso histórico, toda vez que el ser humano no es solo creador de símbolos y de cultura sino creador de historia: es un animal simbólico, cultural e histórico.

La historia se puede comprender así como el esfuerzo por lograr, mantener y reafirmar un sentido colectivo de inmortalidad bajo condiciones psíquicas y materiales fluctuantes. Los seres humanos siempre andan en la búsqueda de modalidades y combinaciones de modalidades de inmortalidad. Las celebran indefinidamente, pelean y mueren para reafirmarlas y eliminan a los que amenazan su sistema de inmortalidad.

Los cambios históricos se pueden entender como virajes de estas modalidades: las modalidades anteriores han perdido su vitalidad y viabilidad y requieren reemplazo y cambio.

En nuestro tiempo las imágenes o representaciones combinadas de exterminio y dislocación ponen en tela de duda si realmente podemos sobrevivir por medio de nuestros hijos o de nuestros grupos u organizaciones, por medio de nuestro trabajo y de nuestras obras, de nuestros sistemas espirituales o por medio de una naturaleza amenazada.

La pérdida de estas formas de inmortalidad conduce, especialmente a los jóvenes, a consumirse en forma desesperada y, a menudo con cierto

éxito, en las formas de experiencia trascendental. Si este panorama tiene sentido explicativo es urgente crear un nuevo paradigma formativo con respecto al problema de la muerte y la continuidad de la vida.

Con el fin de comprender y responder inicialmente a esta necesidad es importante desarrollar una teoría de la inmortalidad simbólica y de su correlato teórico respecto de lo que concierne a las imágenes en evolución en relación con la muerte.

Relación con Otras Formas de Vida

Es importante referirse al vínculo o nexo entre lo biosocial y lo psicohistórico. La representación de la muerte se desarrolla por medio de una articulación vaga y tenue de las representaciones balbucientes o rudimentarias de los organismos jóvenes hasta llegar a la simbolización más sofisticada de los adultos.

Conviene desarrollar más el concepto de *imagen rudimentaria o incoada*. Se entiende por imagen un plan para el organismo que se va logrando y manteniendo en diversas fases. El biólogo Adolf Portman habla de un «espacio de imágenes» o «mundo interior» que está presente tanto en las especies menos como en las más desarrolladas y que constituye como una especie de «identidad propia» que tiene que ver con la totalidad de un ser viviente. Esta «identidad propia» puede guiar la regeneración de cada parte de una planaria (especie de gusano) que se ha partido a la mitad. Sugiere el biólogo la existencia de una forma semejante en los seres humanos: «el espacio de imágenes» estaría presente en los genes humanos y sería la «identidad personal» que guía el proceso de construcción del cerebro con todos sus órganos sensoriales y sería la base para la emergencia del conocimiento.

El psicólogo Norman Cameron habla de una imaginación temprana que «direcciona» o guía al infante hacia su actividad alimenticia. En forma general define las imágenes como una especie de representación central activa que marca el comienzo de un funcionamiento interior, a saber el funcionamiento mental o psíquico. El economista Kenneth Boulding incorpora al concepto de imagen los principios básicos de comunicación e información. Estos principios actuarían en todos los niveles del comportamiento biológico y social. Según él aun en las criaturas más simples como las amebas existe algo así como una «imagen del universo» que les

permite discernir entre aquello que las alimenta y aquello que no: los mensajes que recibe de las partículas con las que tiene contacto son interpretadas y clasificadas de acuerdo con un sistema abstracto. Estas imágenes operan genéticamente y tienen el carácter de un proceso de enseñanza aprendizaje.

Señala Boulding que la materia está organizada en estructuras modelo a través de la transferencia de información. Para él el comportamiento depende de la imagen y de la historia formativa.

La filósofa Susanne Langer desarrolla el concepto interpretativo. Según ella solo la imagen puede sustentar una concepción de un fenómeno total frente al que se pueda medir la adecuación de los términos cognoscitivos con que nos acercamos a él o lo descubrimos. Enfatiza que la imagen es simultáneamente una «concepción genuina» y portadora de una «carga de sentimiento»; esta simultaneidad sería central en el proceso simbolizante. De la misma manera que Boulding, Langer da mucha importancia a la imagen, pero cambia el énfasis de la información dada por aquel, y lo dirige hacia el sentimiento y hacia los atributos específicamente humanos de la simbolización y del sentimiento.

Lifton habla de «modelos de imágenes» y de «imágenes de tiempo» para sugerir la existencia de concepciones emocionalmente cargadas con los rasgos propios de la propia personalidad y del propio mundo en relación con el desarrollo personal persistente. Se adhiere al principio de Boulding en cuanto que el pensamiento depende de la imagen pero va más allá al señalar que imagen individual es una anticipación estructurada de interacción con el medio. Según él es necesario distinguir entre la imagen en cuanto vínculo inmediato con el sistema nervioso y el ambiente y la constelación psíquica en cuanto simbolización permanente y compleja que contiene imágenes. Esta distinción es de grado pero ninguna imagen es solo un archivo vacío o desnudo del ambiente exterior y por lo tanto no se puede percibir ninguna imagen desnudamente. La imagen llega a existir por medio de una participación del sistema nervioso central, o sea por medio de la recreación de lo proveniente del exterior (concepto desarrollado por Erick Olson). La imagen es constitutiva de la vida humana; su ausencia o resquebrajamiento amenaza la vida. La vida misma puede ser interpretada como una búsqueda de imágenes y de constelaciones de imágenes vivificantes.

En el paradigma de la muerte y de la continuidad de la vida existe una mutualidad entre los niveles próximo y último. El nivel *próximo* consiste de imágenes y sentimientos inmediatos, el nivel *último* en los procesos de simbolización de nuestros vínculos biológicos e históricos. Un principio clave es que el ser humano no crea la cultura por razón de su necesidad de negar su muerte (como lo afirmó Otto Ranke), crear es para el ser humano la forma de vivir su conciencia única de que él muere y desaparece y continúa viviendo.

La idea de la «representación inicial» (tendencia innata) es en un primer momento una dirección o un empuje psicológico. A pesar de que se trata de un estado rudimentario dicha imagen porta en sí una *anticipación interpretativa de interacción con el medio ambiente*. La evidencia de la existencia de imágenes o representaciones innatas se pueden encontrar en dos fuentes: la etiología y el estudio de los sueños. El estudio de los mecanismos denominados de «afloje» demuestra la existencia de la representación: el organismo del recién nacido es impulsado en forma innata hacia el comportamiento requerido por los organismos adultos que le han de dar sustento o nutrición. El estudio de los sueños sugiere la presencia de imágenes de algún tipo aun en la etapa prenatal que causan rápidos movimientos en la pupila del ojo. Estas áreas de investigación sugieren la presencia desde el momento del alumbramiento de imágenes preliminares que son como las precursoras de imágenes más tardías y más articuladas. En el ser humano la secuencia del proceso es la siguiente: del primer empuje psíquico hacia imágenes del mundo hasta la simbolización abstracta.

HACIA UNA COMPRESION DE LA MUERTE

El principio evolucionario: interrelación entre la muerte y la continuidad de la vida requiere una conceptualización de la muerte. En el contexto evolucionario e histórico la muerte es un símbolo complejo y polifacético. No obstante es posible señalar tres dimensiones de significado: La muerte puede ser vista como *término de la vida*, aspecto rutinario e inevitable del ritmo que va desde el inicio al desarrollo y final de la realidad que llamamos naturaleza. Para el individuo es el destino orgánico y psíquico instalado en su propio ser (no necesariamente instintual) que se percibe y manifiesta por medio de imágenes de exterminio y de la nada. Puede ser vista de acuerdo con el equivalente psíquico de la *muerte en vida*, pérdida de la vitalidad del sentimiento y de la sensibilidad, que podría

denominarse «entumecimiento psíquico» por medio del cual la muerte es convertida en modelo de la vida; la muerte como símbolo de parálisis, de ruptura de vínculos, de desintegración. El concepto de «Entumecimiento Psíquico» se refiere al cese o a la interrupción de un proceso formativo-integrativo, obstrucción de la función mental esencial de la formación o creación de símbolos, o sea de la función simbolizadora. Se trata de una forma de *insensibilización*. En ese sentido se puede afirmar que el entumecimiento psíquico es la incapacidad de sentir o percibir y enfrentar ciertos tipos de experiencia debido al bloqueo o la ausencia de imágenes internas, de formas que puedan vincular con las experiencias. Este «Entumecimiento» puede ser visto como símbolo *constitutivo y formativo*, elemento de creatividad y renovación. Simboliza la capacidad humana de enfrentar los aspectos más temibles de la experiencia humana y de emerger con una sensibilidad más profunda y un alcance cualitativamente más amplio de sus propios límites.

Teoría de la Evolución de las Imágenes de la Muerte

La configuración de la idea interior de la muerte desde las primeras fases de la infancia se puede entender en términos de tres subparadigmas: *vinculación frente a la separación, integración frente a la desintegración y movilización ante la parálisis*.

Vinculación frente a la Separación

Las imágenes iniciales de este subparadigma se desarrollan en los esfuerzos humanos tendientes a vincularse o conectarse: comportamiento de apego expresado en la tendencia a chupar, a guindarse, a sonreír, a llorar, etc. El organismo busca activamente la vinculación o conexión con aquellos que le dan sustento y lo cuidan. Dentro de este subparadigma se pueden identificar las siguientes fases: una tendencia fisiológica, hacia quienes lo sustentan y cuidan; una tendencia representativa, hacia los demás; una tendencia simbolizante compleja hacia fuerzas históricas. Cuando se fracasa en estos esfuerzos de vinculación surgen las imágenes de «separación» precursora de la idea de la muerte.

Integración frente a la Desintegración

Desde su etapa inicial existe en el organismo cierto sentido de angustia frente a la amenaza de la desilusión y desintegración. En su

principio ese temor es fisiológico. Con el transcurso del tiempo, el mantenimiento de la integridad, aunque no pierde su sustrato fisiológico, alcanza dimensiones prioritariamente psíquicas y éticas.

Estas dimensiones simbólicas se van afianzando conforme se vaya acentuando la propia identidad. Se comienza a tomar conciencia de la propia desintegración en aquellos momentos en que las formas interiores se manifiestan como representaciones inadecuadas de la relación de uno mismo con su contexto y como base endeble para la acción.

Movilización frente a la Parálisis

El primer significado de la movilización es el fisiológico en cuanto cambio corporal de un lugar a otro. Posteriormente va adquiriendo dimensiones simbólicas que tienen que ver con el desarrollo, el progreso y el cambio. La ausencia de movimiento se convierte en una forma de parálisis, experiencia análoga a la muerte muy cercana al entumecimiento psíquico.

En forma sintética se puede decir que el esquema es el siguiente: vinculación-integración-movilización *separación-desintegración-parálisis*.

Para vivir el ser humano requiere de una confianza «fundante» (concepto de Erickson). Para lograrla se requiere confiar en la vinculación, en la integración y en el movimiento de la vida. Estos son supuestos o condiciones para la existencia de formas viables de inmortalidad simbólica. Cuando esta confianza se derrumba nos encontramos en el umbral del desequilibrio psíquico. Se pueden identificar tres problemas importantes en el proceso del desequilibrio psíquico: la ansiedad por la muerte, el entumecimiento psíquico, la sospecha de una «fundamentación engañosa»: si la muerte existe entonces la vida es un engaño.

TEORIA DE LA EVOLUCION DE LA CAPACIDAD IMAGINATIVA

El paradigma formativo-interpretativo, desde el que hablamos, se sustenta en la motivación fundamental hacia la vida (forma) y en la toma de conciencia de la muerte (carencia de forma). La lucha por la afirmación y la preservación de la vida y el rechazo de la muerte es algo central y fundante.

LA URGENCIA POR MANTENER Y ENGRANDECER EL SENTIMIENTO DE ESTAR VIVO (SENTIMIENTO DE VITALIDAD), ES ALGO ESPECIFICAMENTE HUMANO, UN RASGO EVOLUTIVO DE LA CAPACIDAD SIMBOLIZADORA QUE SE UBICA EN LA FRONTERA ENTRE LA BIOLOGIA Y LA CULTURA.

Las aspiraciones fundamentales tendientes a «mantenerse vivo» y seguir «sintiéndose vivo» son base para el énfasis que da la teoría formativa a las representaciones y a la simbolización de la vida humana.

La búsqueda de la vitalidad y de la continuidad acontecen simultáneamente en niveles que podrían denominarse «inmediatos»: vinculación, integridad, movimiento, y «últimos»: la inmortalidad simbólica. El paradigma de «la formación de imágenes» subraya la importancia de la transformación continua de forma y de significado en la experiencia psíquica tanto en su dimensión individual como en la culturalmente compartida.

En la psicología del individuo, la «zona mítica» o «zona formativa» de la psique, está marcada por aquellas constelaciones e imágenes centrales que se identifican más directamente con temas relacionados con la vida y con la muerte. Las amenazas a esta zona causan gran ansiedad. A su vez las transformaciones simbólicas en torno a estas áreas centrales poseen un gran potencial para la transformación fundamental del mismo ser y de su propia identidad. Precisamente cuando se comienzan a compartir las transformaciones de esta naturaleza, se puede hablar de una reconstrucción de la historia. En la dialéctica entre el individuo y la historia ningún aspecto se puede reducir al otro. Un enfoque que enfatice el modelo y la configuración conlleva el reconocimiento de que todo límite es a la vez un puente. Ya sea que se hable de individuos en su relación con la colectividad o de los aspectos conscientes o subconscientes, el énfasis en la teoría formativa se pone siempre en el proceso continuo y transicional y no en las dicotomías y en los saltos absolutos.

La Imagen Fundante

La imagen fundante, la imagen matriz o representación clave, es la que le da identidad propia a un paradigma y por lo tanto es la imagen modelo de la naturaleza humana. Esta representación modelo en una teoría determina y es determinada por el objeto que se escoja para investigar.

En nuestro trabajo el principio unificante consiste en la forma en que el individuo enfrenta la muerte con sus posibilidades de entumecimiento y renovación. La imagen o la representación fundante (el modelo) es la muerte y la continuidad de la vida y la preocupación central es la de mantener y extender la vida sobre la faz de la tierra. En este sentido la imagen fundante se puede describir mejor como «la continuidad y discontinuidad de la vida». Esta imagen fundante es la de un proceso fluido muy parecida a la idea de Guntrip de «Desarrollo, desintegración y reintegración del propio ser» como modelo de los procesos psicodinámicos.

Al interior de este paradigma fundamental, el concepto de inmortalidad simbólica» se mueve del individuo hacia el exterior y lo vincula con el flujo histórico y con los proyectos culturales que lo trascienden. Principio importante del paradigma es que la persona individual se compromete simultáneamente con asuntos inmediatos y últimos (nivel inmediato y nivel último).

Esta perspectiva supera el concepto freudiano de «instinto» y parte del concepto de una imagen rudimentaria e incoada inicial que actúa como una interpretación anticipativa del medio ambiente. Funciona poco más o menos como una inclinación organísmica de naturaleza fisiológica o una directriz en el recién nacido que lo empuja hacia el sustento que lo mantendrá vinculado, íntegro y activo. La motivación subsiguiente permanece relacionada con estos principios vitales básicos aunque se desarrolla en una forma infinitamente más compleja por medio de imágenes en evolución desde la infancia hacia la edad adulta. En el proceso evolutivo ocurre un viraje que parte de la sobrevivencia fisiológica hacia lo que se percibe como sobrevivencia psicológica, la que es inseparable de la forma y del sentido.

Los procesos señalados no pueden ser comprendidos en términos de cantidades fijas o de poder. Se podría más bien hablar de procesos de ordenamiento que requieren de y dan dirección a una energía fisicoquímica. Desde este punto de vista la tendencia hacia la fortaleza o hacia la debilidad, hacia intereses energéticos o hacia actitudes marcadas por la apatía se deben atribuir no tanto a las cantidades de energía instintual sino más bien al desarrollo de imágenes y formas psíquicas motivadoras y a la interrelación de estas formas con legados o herencias genético-organísmicas. Todo esto acontece en el ciclo vital de la persona. En esta perspectiva se recupera el significado del término griego «energós» no ya

en su sentido mecanicista sino por su vinculación con dramaturgia, sinergismo, liturgia y orgasmo.

El Proceso Psicológico Básico

Lo anteriormente señalado nos conduce a la necesidad de concentrar la atención sobre *la forma en sí misma*. El concepto fundante o matriz es el proceso formativo, proceso que como se ha indicado se caracteriza por imágenes o formas psíquicas en evolución (Cassirer y Langer): *solamente creando, manteniendo, destruyendo y recreando formas viables podemos experimentar vitalidad*. En este sentido se puede afirmar que la forma es equivalente a la vida.

El proceso formativo se puede comprender en términos del esfuerzo tridimensional relacionado con los tres subparadigmas descritos con referencia a las imágenes de la muerte, a saber: vinculación-separación, integración-desintegración, movimiento-parálisis que evolucionan desde la inclinación rudimentaria e incoada de carácter fisiológico hacia la capacidad de representación por medio de imágenes, primero simples y luego más complejas hasta llegar a la simbolización. La simbolización se entiende como la capacidad de compartirse en el amor, de participar en relaciones comunales (compromiso ético y moral), de mantener la identidad personal lo que conlleva el desarrollo simbólico, o sea, el crecimiento y el cambio.

Este proceso formativo depende del desarrollo de dos capacidades interrelacionadas, a saber: la centralización y la fundamentación.

La Centralización

Es la capacidad de ordenar la propia experiencia de acuerdo con varias dimensiones, tal ordenamiento se constituye como referente para cualquier situación. Las dimensiones son la *temporal*, la *espacial* y la *emocional*. La dimensión temporal consiste en que al enfrentar situaciones podamos retrotraer imágenes previas de tal forma que podamos anticipar futuras situaciones. La dimensión espacial consiste en unificar los compromisos inmediatos, incluye los compromisos corpóreos, con el sentido de lo «distante», lo «último», lo «abstracto», lo «inmortalizador». La dimensión emocional consiste en la capacidad de discriminar entre aquellas imágenes que más sentimos y que más hemos interiorizado y aquellas que son más periféricas.

Todas las dimensiones de este ordenamiento nos permiten sentirnos en el «centro» de las cosas: experimentar la identidad propia precisamente como propia y como condición para experimentar el mundo en que esa identidad se ubica. La persona solo puede mantenerse centralizada si tiene la capacidad de descentrarse, es decir, de lograr cierto desapego en relación con su propio involucramiento, con el fin de poder juzgar y visualizar los acontecimientos y principios más allá de sí misma. La descentralización es una condición de logro de la alteración y adecuación de las formas existentes que constituyen la persona y para la aplicación de esas formas al encuentro con situaciones diferentes de tal forma que se posibiliten nuevas formas de experiencia psíquica. El proceso de descentralización supone la suspensión parcial de la integración cerrada en los niveles temporales, espaciales y emocionales.

La Fundamentación

Es la relación que establece la persona con su propia historia individual y colectiva y con su biología. La fundamentación ordinaria permite la descentralización: separación y alternabilidad de los involucramientos de la persona. Lo que es necesario para el crecimiento y el cambio. La descentralización comporta inevitablemente la posibilidad de que la persona se convierta en persona no-centrada, es decir, descentrada, incoherente e incapaz de hacer las transformaciones simbólicas necesarias para asumir nuevas experiencias.

Todo movimiento que se aparte del centro, todo encuentro con una novedad significativa puede producir sentimientos de ansiedad y de riesgo: la culpa, el odio y el caos interior. La fundamentación permite que la descentralización coexista en una tensión saludable con la centralización y que el dolor y la confusión concurrentes en la descentralización puedan experimentarse como servicio al proceso de centralización.

El proceso de centralización-descentralización-centralización puede darse como continuidad sin mismidad: ordenamiento viable de las dimensiones temporales, espaciales y emocionales. Esto aun cuando el contenido de las imágenes y formas pueda sufrir alteraciones significativas. El equilibrio fluido de la centralización y la descentralización permite el acceso a la experiencia trascendental; experiencia que, por su parte, puede contribuir al equilibrio entre ambos componentes. La experiencia trascendente expresa la combinación del ordenamiento y de la flexibili-

dad idealmente presente en el flujo ordinario de la experiencia psicológica.

Principio fundamental de todo lo dicho es que en los procesos de la mente nosotros no recibimos percepciones ni estímulos desnudamente (no somos una «tabula rasa»). Nosotros recreamos cada encuentro y cada confrontación en nuestra búsqueda continua de forma. Esta recreación es siempre retrospectiva y prospectiva aunque debe ser comprendida en términos del presente. Desde este punto de vista tanto el pasado como el futuro existen imaginariamente en el presente. La imagen es el vínculo más inmediato entre el sistema nervioso y el medio ambiente. La forma o la constelación contiene muchas imágenes y tiende a ser relativamente más permanente que la mayoría de las imágenes. Precisamente por ser más altamente simbolizada posee las características de una recreación psíquica más elaborada.

CONSIDERACIONES DERIVADAS

Los conceptos y los principios que se han ido señalando permiten sugerir algunas aplicaciones e interrogantes.

Relación entre Forma y Conocimiento

La primera consideración es que este enfoque formativo nos conduce a plantear algunas interrogantes en torno a un buen número de dicotomías. Esto no solo en lo que tiene que ver con lo irracional frente a lo racional, sino con lo consciente frente a lo no consciente, lo manifiesto frente a lo latente, la emoción frente al conocimiento, la estabilidad frente al cambio.

En relación con la estabilidad y el cambio, se podría hablar más bien de la necesidad de una relación dialéctica entre continuidad y recreación de tal forma que, hablando en términos formativos, todo se pueda vincular con lo que ha acontecido y nada permanezca totalmente igual. Lo que nosotros llamamos estabilidad depende precisamente del grado de cambio.

De igual forma la transformación depende del grado de continuidad con el pasado. En el proceso psicológico el impedimento básico consiste en el bloqueo de la interacción entre imagen y forma (constelación) y en la ausencia de las imágenes y formas requeridas o la deformación de las mismas.

El impedimento y el desequilibrio convergen cuando se da la pérdida de fundamentación con el desquebrajamiento tanto en el proceso de descentralización-centralización como en el de la simbolización. La simbolización deteriorada conduce inevitablemente a la desimbolización, estado en que el ser humano es incapaz de recrear por lo menos ciertos tipos de experiencia. La pérdida de la centralización con la consiguiente descentralización acontece si se dan casos extremos de separación, desintegración y parálisis de imágenes intensivas en un proceso marcado por el fracaso en la búsqueda de formas en un contexto interno y externo.

El deterioro y la disfunción que ocurren ante la pérdida de fundamentación y la desimbolización concurrente es lo que se denomina desintegración generalizada o adormecimiento psíquico. Este deterioro se caracteriza por la gradualidad en la incapacidad de percepción, también por la existencia de lagunas entre el conocimiento y el sentimiento. En la experiencia de los sujetos se puede manifestar como apatía, ira, rencor, culpa o vergüenza. El adormecimiento psíquico no siempre es negativo, pero es un hecho que en nuestros días se ha generalizado y ha adquirido expresiones malignas como lo comprueban no solo lo que tiene que ver con la tecnología de la destrucción sino con la tecnización de las decisiones y de las decisiones humanas. Nuestra era podría caracterizarse según algunos como era del adormecimiento (entumecimiento) psíquico.

Relación entre Imaginación e Historia

En nuestros días nos sentimos impactados por lo que se puede denominar dislocación psicohistórica: quebrantamiento y deterioro de la viabilidad de los puntos de referencia: símbolos, instituciones, creencias culturales. Desde este punto de vista la vida tiene la forma de la ausencia de un plan espiritual compartido. Esta afirmación nos lanza a la reflexión sobre el método.

En cualquier paradigma el método que se desarrolle depende tanto de los métodos previos, asociados con paradigmas anteriores, y de la ruptura con ellos. Esto es lo que acontece cuando se está en búsqueda de nuevos tipos de información y de influencia. Lifton sugiere que en lo que concierne a problemas de orden psicológico el énfasis metodológico debe ponerse en el diálogo abierto y en el proceso de dar y tomar (réplica y contrarréplica en un proceso de entrevista). El intercambio se fundamenta en la dialéctica continua entre estructura (formulación cuidadosa de los

aspectos que se quieren comprobar) y la espontaneidad. Este método considera como crucial la confrontación psicológica y moral del investigador con el investigado. El método conduce a la observación sistemática de las configuraciones colectivas y compartidas dentro de un contexto histórico específico y pretende lograr una imaginación relacionada con los aspectos más urgentes del siglo XX.

Si se tiene en cuenta la ecuación entre amenaza a la vida y la amenaza a la forma, se debe considerar la intensidad con que la forma y el significado se defienden. Se debe tener en cuenta y valorar igualmente la capacidad humana de sobrevivir frente a las amenazas y, desde una óptica optimista, de recrear y aún de revitalizar las formas de sí mismo y del mundo. Desde este punto de vista el combate que ocurre en el interior de la conciencia tiende a involucrar formas, imágenes y actos en competición. Desde una perspectiva formativa, los esfuerzos éticos no deben ser vistos como algo diferente o como algo externo al sistema interpretativo mismo.

En lo que concierne a la forma de abordar la historia, el concepto de «temas compartidos» es importante. Se trata de la comprobación de que en todo comportamiento colectivo se dan simultáneamente tres dimensiones que nosotros tendemos artificialmente a separar: *los elementos psicobiológicos*, como por ejemplo, las necesidades de sustento o nutrición en los infantes y en los niños, o el problema inevitable de tener que copar con la muerte en quien está muriendo; *los elementos culturales*, los énfasis y los modelos que condicionan o estructuran la percepción de la vida o de la muerte (continuidad y separación); *los elementos históricos*, por ejemplo, en las fuerzas históricas recientes se capta una dislocación psichistórica que afecta la experiencia de sustento básico y de la muerte.

El proceso de trabajo en esta aproximación cambia el énfasis de la recolección de datos hacia lo comparativo (observación de semejanzas y semejanzas en otros grupos) y hacia una dimensión más especulativa que tiene que ver con el significado de los temas compartidos en su relación con la totalidad de la era histórica. En lo que tiene que ver con la búsqueda de los conceptos que vinculan al individuo con la historia hay que tener en cuenta el tiempo y el cambio, los modos de transformación y acomodo (conciliación) que se puedan adaptar tanto a la persona individual como a la colectividad.

Tendencia Antropológica

Se da hoy una tendencia de interpretar al hombre y a la mujer

contemporáneos no en términos de lo que podrían ser en la actualidad sino en términos de los que han sido, o mejor dicho, en términos de los que han sobrevivido. Se habla así del hombre y de la mujer posmodernos, posindustriales, poshistóricos, posidentidad, poseconómicos, posmaterialistas, postecnocráticos, etc. Se podría hablar de la perspectiva «pos» de ver e interpretar al ser humano contemporáneo. Esta perspectiva que se caracteriza por recalcar lo que fue y lo que ya no puede ser ciertamente contiene muchas trampas pero brota de una fuente auténtica, a saber, el sentido de haber sobrevivido. Lo anterior incide en la configuración de una imagen más profunda de nuestro ser.

La ruptura cultural posmoderna se caracteriza por la pérdida de confianza, no tanto en tal o cual símbolo, sino en la totalidad del tejido de imágenes, rituales, instituciones y objetos materiales que conforman una cultura. La urgencia de renovación contemporánea surge de este sentido de sobrevivencia, que incluye la sensación de pérdida, en el nivel más profundo de la experiencia humana. La conciencia de la muerte y de la pérdida pueden motivar la investigación profunda, la recreación y la renovación. Condición de lo anterior es un cambio en la relación del ser humano con la máquina y con el trabajo. Este cambio podría orientarse en la dirección de un crecimiento organísmico que se caracteriza por la transición de lo mecánico a lo organísmico y de este último al logro de configuraciones sociales que permitan y orienten lo tecnológico a ser parte de la transcendencia imaginativa.

Recreación de Modelos de Inmortalidad Simbólica

Muchos hombres y mujeres contemporáneos, buscan superar el sentimiento penetrante de «muerte en vida» que emana de una serie de experiencias tales como el holocausto, de cambios rapidísimos no digeridos, de la burocracia técnica, de la muerte por inanición de grandes partes de la población humana, y sobre todo por la imagen de la máquina. Hay una búsqueda de nuevas formas de vinculación, de integridad y de movimiento que conllevan incluso la creación de nuevas formas de vida y de trabajo comunitarios.

Una forma de explorar algunas de las dimensiones fundamentales de este proceso de resimbolización es el de situarlo en la perspectiva de los *modelos fluctuantes de inmortalidad simbólica*.

El sentido de las experiencias sociales contemporáneas se puede captar mejor si se les visualiza dentro de un proceso de búsqueda más amplia no solo de un cambio en la comprensión del tipo de vínculos sino de los compromisos que caracterizan los caminos hacia la inmortalidad. Dentro de este contexto es importante referirse brevemente al problema de la culpa. Las formas estáticas de la culpa generalmente van acompañadas de adormecimiento y de parálisis de la capacidad de sentir o de percibir o, por lo contrario, de autocastigo y sufrimiento. Se puede dar también la culpa animadora que es aquella que trasciende la culpa y tiende al cambio: es ansiedad de responsabilidad y una emoción vital que tiende a la sobrevivencia individual y colectiva de la especie.

Con respecto a la inmortalidad simbólica es importante señalar algunas tendencias revitalizadoras dentro del marco de los *modelos fluctuantes*:

Dentro del *modelo sociobiológico* se evidencian tendencias hacia nuevas formas de organización de la familia o de las estructuras análogas. Se están forjando nuevas configuraciones comunitarias experimentales tendientes a crear nuevas formas de continuidad biológica y social (nuevas formas de configuración de los pueblos y de los tabúes). Sus motivaciones tienen que ver con la búsqueda de alternativas de solución a problemáticas de orden psicobiológicas. Es así como hay intentos tendientes a la alimentación orgánica, mayor libertad sexual, cuidado colectivo de los niños, mayor espontaneidad en la expresión mental y física. El control comunitario se convierte en búsqueda de comunidad: combinación apropiada de autonomía individual y vínculos humanos duraderos.

El *modelo espiritual-religioso* se ve afectado profundamente por los esfuerzos proteicos de transformación. Todo indica que nos encaminamos hacia nuevas formas de expresión religiosa de tal forma que la santa y el santo de nuestro tiempo apenas se están comenzando a inventar. El estilo proteico genera una gran ansiedad. Ansiedad que acompañada por la difusión conduce a un tipo de búsqueda de certeza que muy a menudo se expresa en el auge de los movimientos fundamentalistas y en espiritualidades totalistas. Cualesquiera que sean sus formas, el hecho es que hay grandes olas de sentimiento religioso. La religión se relaciona muy directamente con los tipos de actitud ante la muerte y la continuidad de la vida, tanto que los cambios en dicha actitud que acontecen en los

momentos álgidos de la historia afectan las formas religiosas. Un rasgo a destacar es que la renovación del sentimiento religioso no tiende hacia la estabilidad de las denominaciones y órdenes religiosos sino hacia su desaparición; no fortalece el culto ordenado dentro de las configuraciones sociales existentes sino que tiende hacia formas sociales de inmortalización que puedan superarlas y subvierten las adormecidas formasseudorrituales de la religión, crean nuevas formas de inmortalización.

Dentro del *modelo vía la creatividad*, surgen preguntas que se le hacen a las universidades y a las escuelas, a los sistemas políticos y judiciales, a las disciplinas intelectuales y a las prácticas profesionales, hay un tema común: *la búsqueda de una experiencia de trabajo significativa tanto en lo que concierne a su sentido inmediato como a su significado para la obra humana y la continuidad de la misma*. Los hombres y las mujeres contemporáneos exigen una ecuación razonable entre trabajo y obras. La tarea de una resimbolización que tradicionalmente era una tarea encomendada a los innovadores es hoy una exigencia masiva.

El *modelo vía la naturaleza* se relaciona directamente con las pasiones ecológicas y los temores fundados de la destrucción del medio ambiente. Hay una búsqueda de encontrar formas para devolverle a la imaginación humana el significado cosmológico de la naturaleza.

El *modelo vía la experiencia trascendental* ha tenido un auge en nuestra era. Se tiene conciencia de su importancia clave para poder tener acceso a los otros modelos y de que es necesaria cierta forma de éxtasis y de experiencia de unidad para poder experimentar la vida por medio de los hijos, de las obras, de la espiritualidad y de la naturaleza. Este tipo de experiencia se percibe como acceso a un reordenamiento psíquico interior necesario para la transformación social. Esta transformación se puede lograr solo si se toca la zona formativa de la psyché o lo que se ha denominado la zona mítica. En realidad el fin último de la transformación es la recreación del ser adulto. El trabajo adulto se vincula o conecta con principios espirituales más amplios. La edad adulta se define por ser como un estado de absorción máxima en tareas cotidianas marcadas por principios culturales trascendentes que permitan soportar el conocimiento de la muerte individual y superar el sentimiento de su amenaza. Los innovadores saben que hoy la vida adulta requiere más juego y que lo lúdico se manifiesta como algo central en nuestros tiempos.

OBSERVACION FINAL

Como lo indiqué en las notas introductorias, este trabajo es básicamente una exposición de conceptos desarrollados por Lifton en varias de sus obras. Porque considero que sus aportes, de acuerdo con el ordenamiento y traducción que le he dado, sugieren vías de aproximación y de interpretación adecuadas a varios núcleos problemáticos que hoy enfrentamos en diferentes disciplinas, considero que este trabajo puede abrir, en nuestro contexto, un debate no sólo en torno a la comprensión del hombre y de la mujer contemporáneos, sino en cuanto a sus connotaciones epistemológicas para acercarse a su realidad.

Como todo aporte, el presente más que trazar caminos y ofrecer soluciones, es un reto a la creatividad y a la búsqueda. Personalmente considero que muchos de los conceptos aquí desarrollados nos colocan en la dirección adecuada en lo que concierne al conocimiento de nuestra realidad. Como sugiere en alguna parte el mismo Lifton, la fidelidad a un pensador no consiste en repetir exactamente lo que este ha expresado, sino en enriquecerlo, desarrollarlo y superarlo. Desde disciplinas diferentes a la psicología, desde un contexto sociohistórico diferente, y desde una cultura ciertamente diversa como la nuestra, es posible encontrar en las obras de Lifton inspiración para una apropiación creativa de su pensamiento.

BIBLIOGRAFIA

La ordeno de acuerdo con el orden de importancia en el presente trabajo.

Lifton, Robert Jay, **The life of the self: Toward a New Psychology**. A Touchstone Book, Published by Simon and Schuster, New York, 1976.

_____, **The Future of Immortality**. Basic Books Inc., Publishers, New York, 1987.

_____, **The Broken Connection: on Death and the Continuity of Life**. Basic Books Inc., Publishers, New York, 1983.

_____, **Home from the war: Vietnam Veterans: Neither Victims nor Executioners**. Basic Books, Inc., Publishers, New York, 1973.

Lifton, Robert Jay and Falk, Richard, **Indefensible Weapons: The Political and Psychological Case against Nuclearism**. Basic Books, Inc., Publishers, New York, 1982.
